

simplismos, entre otras razones, *Las deudas pendientes del Bicentenario* merece especial examen.

GONZALO SEGOVIA

ESTRADA, Antonio, *Rescoldo. Los últimos cristeros*, Encuentro, Madrid, 2010.

Ha resultado una grata sorpresa, y desde luego es todo un acierto, una de las novedades de la editorial Encuentro, al publicar, entre sus últimos libros, una novela como la que nos ocupa, una obra ambientada en uno de los hechos históricos más desconocidos y ocultos de la historia de México: la Cristiada, o simplemente la guerra cristera.

No hará falta recordar a nuestros lectores que la Cristiada fue aquel enfrentamiento entre el gobierno de Elías Calles y los católicos mexicanos que tuvo lugar entre los años 1926 y 1929, y que culminó con una negociación patrocinada por Dwight W. Morrow (embajador de EE.UU. en México, banquero, protestante y masón) entre el gobierno revolucionario y la Iglesia, representada por Mons. Ruiz y Flores, Delegado Apostólico, y Mons. Pascual Díaz y Barreto, uno de esos obispos que se habían mostrado partidarios de buscar vías de entendimiento con el gobierno callista.

Los intermediarios solamente consiguieron del Presidente de la República buenas palabras y alguna que otra declaración de intenciones. Ni los artículos constitucionales, ni las leyes que motivaron el levantamiento de los cristeros fueron derogados. Se alcanzaba así un *modus vivendi* en el que todo seguía igual, con la sola promesa de relajar las medidas restrictivas en relación al culto de los católicos; pero dejándolo en manos de los gobernadores estatales.

El sacrificio de 30.00 cristeros pareciera que había sido en vano, y, para colmo, la Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa debía ser disuelta. Como buenos católicos los cristeros obedecieron a la jerarquía eclesiástica y depusieron las armas. Y como buenos católicos, cuando sus jefes eran asesinados en las estaciones de tren o en las calles

de sus pequeñas villas, lejos de responder a las agresiones perdonaron a sus asesinos.

Con la llegada del presidente Lázaro Cárdenas el descontento de una buena parte de los católicos volvió a aflorar, la causa: el anuncio de la llamada ley de educación socialista. Es en este ambiente en el que estalla la segunda Cristiada, desarrollada entre 1934 y 1938, aunque algunos de sus líderes continuaron su lucha hasta 1941. Tal fue el caso de Federico Vázquez González el último jefe cristero de Durango, quien tras deponer las armas sería asesinado, como era ya costumbre.

El tema de la Guerra Cristera fue casi un tabú en la historiografía mexicana, y, cuando se lo trataba, era para hablar de los cristeros como vulgares bandidos, como si de asaltantes de caminos se tratase. Pese a ello la causa cristera estaba presente, y muy presente, en el folklore popular, no obstante que alguno de sus intérpretes, como el caso de Vicente Fernández, fuera condenado al ostracismo por osar grabar en uno de sus discos el conocido corrido «El martes me fusilan».

Pero no fue sólo en el folklore donde se reflejaron aquellos hechos, también tuvo su plasmación en la literatura. Cómo no recordar la novela de Jorge Gram (seudónimo del jesuita David Ramírez) que llevaba por título *Héctor*, el nombre del mítico guerrero troyano, y que fuera publicada en España en 1936, con prólogo del insigne Eugenio Vegas Latapié. Ésta no sería la única obra literaria a destacar, se podrían citar muchas otras, como las escritas por Fernando Robles (*La virgen de los cristeros*), Luis Rivero del Val (*Entre las patas de los caballos*), o Heriberto Navarrete S.J. (*El voto de Chema Rodríguez*). La editorial Encuentro (en colaboración con la mexicana JUS) nos presenta *Rescoldo*, escrita por Antonio Estrada, que a decir de Juan Rulfo constituía «una de las cinco mejores novelas mexicanas». Jean Meyer recogía el siguiente comentario del autor de *Pedro Páramo* sobre dicha obra: «cuenta sencillamente, escuetamente, la reanudación de la guerra [cristera] en 1934 y la búsqueda de la muerte. Un lenguaje perfectamente dominado, al servicio de un pensamiento tan claro como simple, hace de este libro el único libro, obra novelesca u obra histórica, escrito sobre los cristeros».

Pero no adelantemos acontecimientos. Presentemos en primer lugar a su autor, Antonio Estrada Muñoz, a quien no hay que confundir con

Antonio Estrada [Vega], dirigente de la Unión Nacional Sinarquista de Querétaro, y cuya labor al frente del movimiento fue nefasta, al encabezar una pequeña fracción que terminaría integrándose, en 1952, en el PRI.

Nuestro autor habría nacido en Huazamota, municipio de Mezquitl, en el estado de Durango, el 23 de octubre de 1927. Hijo de Florencio Estrada, uno de esos generales cristeros que se alzaron en armas durante la segunda guerra, se vio forzado a trasladarse a la ciudad de México, tras la muerte de su padre durante la segunda cristiada, acompañando a su madre, Dolores Muñoz. Allí ingresó, junto con sus hermanos, en el Asilo de la Divina Infantita, una escuela creada especialmente al margen del control político del Estado para los huérfanos de los combatientes cristeros. Tras cursar sus primeras letras ingresa en el Seminario Conciliar de León, Guanajuato; allí cursa Filosofía, Letras y Teología, iniciándose también como escritor.

En 1953, Antonio Estrada, ingresa en la Escuela de Periodismo Carlos Septién. Dos años más tarde comienza a colaborar en diversos medios de prensa. Pero lo más relevante es que en ese mismo año empieza a escribir su obra más destacada, *Rescoldo*, que terminaría cuatro años más tarde. De aquellos años convendría destacar, también, su amistad con Juan Rulfo.

Cuando Estrada culminó su primera obra, comenzaría un calvario para su publicación. Las únicas editoriales que en el México de esos años podrían atreverse a publicarla eran Polis (de Jesús Guisa Acevedo) y Jus (propiedad de Manuel Gómez Morín, el dirigente del opositor Partido de Acción Nacional, y cuyo gerente era Salvador Abascal). Pese a lo que pudiera parecer, las relaciones entre antiguos cristeros y el sinarquismo no fueron muy cordiales; no obstante, sería Abascal quien publicaría la novela de Estrada.

Entre 1961 y 1962 Antonio Estrada se trasladó a San Luis Potosí, allí participó en la lucha de la Unión Cívica Potosina, que dirigía Salvador Nava, contra el caudillo priísta Gonzalo N. Santos. Salvador Nava se había postulado como candidato independiente a la Presidencia Municipal de San Luis Potosí, frente a Francisco Gutiérrez Castellanos, el candidato del PRI (impuesto por Santos) al que derrotó, en 1958, por 26.319 votos contra 1.683. De allí pretendió saltar a la presidencia del Estado de San

Luis Potosí. Los resultados electorales resultaron un absoluto fraude y las manifestaciones en favor de Nava comenzaron en días posteriores. Estrada narra estos hechos en *La grieta en el yugo*, recogiendo testimonios y los corridos de la lucha contra Santos (al que llamó el *señor del Cargaleote*) y refiere la participación de la Unión Nacional Sinarquista en aquellos sucesos. La obra no debió ser del agrado de Santos, que como buen demócrata mandó quemar la primera edición.

Pero cuando Estrada comenzaba a ser conocido, y reconocido, un infarto de miocardio, sufrido un el 7 de abril de 1968, termina con su existencia terrenal; acababa de publicar la que sería su última novela *La Sed Junto al Río* (Jus, 1967) y quedaban encima de su escritorio varios trabajos inéditos, cinco novelas (entre ellas *Los indomables* y *La buena cizaña*), un ensayo (*Los cristeros y la literatura*), y un libro de cuentos (*Narrativa clásica*).

Publicó además algunos cuentos: «Vente, pasmao» (*El Universal*, 12 de agosto de 1963); «La cruz de la huertera» (*La Prensa*, 19 de abril de 1964); «El cura de los muertos» (*La Prensa*, 21 de junio de 1963); «Los benditos» (*El Cuento*, agosto de 1964); «El pasmao» (*La Prensa*, 4 de octubre de 1964); «El sombrero» (*El Cuento*, junio de 1965); «El pañito» (publicación no localizada). Algunos fueron editados años después de su fallecimiento: «Valentín de la Sierra» (*Sábado*, suplemento de *Unomásuno*, 21 de enero de 1989).

En cuanto a la novela, ¿qué se puede decir? Basta en el subtítulo para centrar la narración y descubrir el mensaje sugerente del título: «Los últimos cristeros», aquellos que en 1934 volvieron a tomar sus viejas carabinas 30-30 y se dieron a subir a la sierra. Pero sería el propio Estrada quien nos devele el sugerente título: «Brasas de rescoldo cristero... Que aunque sea nosotros guardemos la lumbrita bajo las cenizas. Y nomás en la espera de que soplen buenos vientos y nos arrimen barañas, para que de vuelta se prenda la cristiada en todo México... Que sea una lumbradona bonita, bonita» (p. 85).

La novela tiene mucho de autobiografía y recuerdos familiares: quién no podría reconocer detrás de Florencio («Lencho») al propio Florencio Estrada, el general cristero que encabeza la segunda sublevación en 1934 en el Estado de Durango, o ,detrás de «Toño», al propio autor de la obra.

Algunos críticos de la novela, tanto como del movimiento cristero, tratan de resaltar algunos errores históricos. A este respecto, el estudioso mexicano Antonio Avitia resalta que podemos encontrar ciertas inexactitudes; así por ejemplo que en su relato Estrada refiere que Florencio, al enterarse de la persecución religiosa desencadenada en el país, decidió regresar, en 1927, de Estados Unidos a su pueblo, Huazamota, para pelear al lado de los cristeros, y desde allí a la ciudad de Durango, en donde en el Templo del Sagrario y ante el arzobispo, realiza un juramento de lucha y fidelidad a la causa cristera: «Juro por mi vida, ser siempre el primero en defender mi religión, cuando sea y contra quien se atreva a perseguirla» (p. 60). Tanto Meyer como Ángel Arias comentan el error, pero ambos son conscientes de que se trata de una novela, y por lo tanto de una ligereza literaria, cosa que al parecer Avitia no tiene tan claro.

Para finalizar tan sólo dos apuntes finales. La obra lleva un breve prólogo de Jean Meyer y un estudio introductorio de Ángel Arias. Del primero poco se puede decir, a él se debe uno de los estudios más completos sobre aquel conflicto (*La Cristiada*, Siglo XXI, 1973), estudio que ha ido completando con otros trabajos posteriores en los que analiza diferentes perspectivas del conflicto; entre los últimos podemos destacar *Anacleto González Flores, el hombre que quiso ser el Gandhi mexicano* (Fundación Emmanuel Mounier, 2002), *Tierra de Cristeros* (Universidad de Guadalajara, 2002), *El coraje cristero*, (Universidad de Guadalajara, 2001) o *Mendoza Barragán, Ezequiel. Confesiones de un cristero* (Breve Fondo Editorial, 2001). Meyer ha sido en definitiva quien ha sacado el tema cristero del ostracismo al que el totalitarismo cultural del otrora poderoso PRI lo tenía enclaustrado.

Por su parte Ángel Arias, a quien también se deben las notas y comentarios a pie de página, es un joven investigador que se ha aproximado al tema cristero desde el estudio de la literatura. En 2001 leyó una tesis doctoral en la Universidad de Navarra bajo el título *Cruzados de novela: las novelas de la Guerra cristera*, y recientemente ha publicado *Entre la cruz y la sospecha: los cristeros de Revueltas, Yáñez y Rulfo* (Iberoamericana/Vervuert, 2005). Él fue quien propuso la publicación de esta obra a la editorial: «*Rescoldo* sale así del panorama edito-

rial mexicano y amplía su, hasta ahora, escasa difusión. Es una deuda —escribe Arias— que queda por cubrir con el autor y con la obra».

JOSÉ DÍAZ NIEVA

VIAL CORREA, Gonzalo: *Chile Cinco Siglos de Historia*, Editorial Zig-Zag, Santiago de Chile, 2009.

La reciente *Historia de Chile* de Gonzalo Vial Correa, en dos volúmenes, la podemos unir inevitable e concientemente a la monumental línea de investigación de la historia de nuestro país que se inicia desde el mismo siglo XVI.

Desde los inicios de nuestra historia, la necesidad de dejar recuerdo de las gestas y de los hechos vividos, ha forjado una empresa por parte de los propios habitantes de preservar de forma escrita los acontecimientos importantes y trascendentes. Con el advenimiento de la República, ésta solicitó la legitimación erudita de los miembros de la intelectualidad de ese entonces, surgiendo magnas historias que intentaban abarcar toda la historia de Chile. Los nombres de Barros Arana, Vicuña Mackena, Amunátegui y otros, nos legan la aún vigente, pero decadente, visión liberal de nuestro pasado. El siglo XX nos entrega una interpretación histórica unida a los avatares de la Guerra Fría y sus lógicos parámetros. En ella destacan, entre otros, las obras de Vitale, Villalobos y últimamente Salazar. Sin embargo, la obra de cierre por su importancia, magnitud y claridad es el trabajo de Gonzalo Vial.

Esta historia de Chile tiene en la pluma de Vial su mejor y más fino refugio que la hace hoy en día una lectura obligada para el estudio de nuestro país desde sus orígenes (incluido los pueblos indígenas) hasta el presente (2006). El trabajo abarca un periodo tan extenso que supera en su ambición a todos los similares conocidos hasta hoy, siendo inevitable la comparación con respecto a los textos clásicos con los cuales comparte la maestría propia de quien emprende una labor que se extiende por toda la vida académica de su autor. Es verdaderamente notable la altura de miras con que abarca en especial el siglo XX en donde, para su